LA UNIÓN MÍSTICA CON DIOS

La santidad al alcance de todos

Antonio Royo Marín, O.P.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla
www.apostoladomariano.com

ÍNDICE

Con licencia eclesiástica

ISBN. 84-7770-110-1
Depósito legal: M. 16.027-2006
Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)
Impreso en España / Printed in Spain

AL LECTOR

El presente folleto contiene el texto íntegro de una conferencia dada por el autor a las monjas carmelitas de Alcalá de Henares en un día de retiro espiritual (16 de diciembre de 1996). La conferencia fue grabada en una «cassete»; pero al transcribirla para su publicación, ha experimentado algunos retoques, indispensables para adaptarla un poco a la palabra escrita, tan diferente de la palabra hablada. Ello ha obligado también a suprimir algunas cosas menos importantes y explicar mejor algunas otras para ponerlo todo más claro; pero, substancialmente, se ha recogido todo lo fundamental expuesto en aquella conferencia de Alcalá.

Quiera la Virgen María bendiga estas pobres páginas para mayor gloria de Dios y santificación de las almas, especialmente las que se han entregado por completo a Dios en la vida contemplativa de clausura.

Fray Antonio Royo Marín, O.P.

La santidad al alcance de todos

Vamos a comenzar invocando al Espíritu Santo, que sin Él no podemos nada:

Veni Sancti Spiritus...
Emitte Spiritum tuum et creabuntur...
Ave Maria...
Regina Decor Carmeli, ora pro nobis.
San José, ruega por nosotros.
Santa Teresa de Jesús, ruega por nosotros.
Santa Teresita del Niño Jesús, ruega por nosotros.
San Juan de la Cruz, ruega por nosotros.
Sor Isabel de la Trinidad, ruega por nosotros.

En esta conferencia les voy a hablar de la vida contemplativa y de cómo crece y se desarrolla hasta alcanzar la cumbre

de la santidad, o el grado de perfección cristiana al que Dios nos tenga predestinado a cada uno desde toda la eternidad.

Para proceder con orden, claridad y precisión, hay que empezar hablando de la gracia de Dios, que es el principio básico y fundamental de toda la vida cristiana. Pues vamos a empezar por ella.

LA GRACIA DE DIOS

¿Qué es eso de la gracia de Dios? El catecismo nos da una definición muy clara y expresiva. Propiamente la naturaleza íntima de la gracia no sabemos lo que es, porque es una maravilla tan grande, hay cosas tan inefables que no se pueden expresar, como dicen los místicos. Pero de alguna manera los teólogos han encontrado una definición que es bastante aproximada para lo que nosotros podemos saber. Y dice el catecismo: «Es un ser

divino que nos hace hijos de Dios, y herederos de la gloria». Eso es la gracia. Un ser. También las piedras son seres, pero la gracia tiene de particular que es un ser divino, que es divina.

Ahora bien: si a un niño de catecismo le preguntamos ¿cuántos seres divinos hay?, si está bien informado dirá sin vacilar: seres divinos no hay más que uno, que es Dios.

¡Ah!, pues si decimos que la gracia es un ser divino, parece que deberíamos decir que la gracia es el mismo Dios. Y eso es una herejía. No, la gracia no es el mismo Dios. Entonces, ¿por qué decimos que la gracia es un ser divino? Ahí esta lo misterioso que decía antes, que no podemos explicar. Pero de alguna manera se puede poner incluso algún ejemplo, que hable un poco a nuestra imaginación. Y el más exacto es el que ponen Santo Tomás

y los grandes místicos, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, etc.: es el fuego que se apodera de un hierro y lo pone incandescente, y lo transforma en fuego y lo hace fuego, pero sin que deje de ser hierro. Éste no pierde nunca su propia naturaleza; si perdiese su propia naturaleza, adscrita a la del fuego, entonces tendríamos panteísmo, y esto es herético, no puede ser. El ser divinizado conserva siempre su propia naturaleza, sin perderla jamás.

En la canción 39 del «Cántico Espiritual», San Juan de la Cruz dice que en la unión con Dios trasformativa el alma se convierte, por el amor, en las tres divinas Personas, pero nunca pierde su ser natural. Es así, hay que decirlo así. Pero la gracia nos diviniza, en cuanto que nos da una verdadera participación de la naturaleza misma de Dios.

Voy a ponerles un ejemplo sencillo y muy claro.

Un escultor esculpe un pedazo de madera, o de mármol y saca una estatua. Imagínense, por ejemplo, que representa a un hijo suyo; y ha hecho una maravilla tan grande que cualquiera que vea esa imagen diga: «¡oh!, ¡el hijo del escultor, cómo lo ha logrado! es una maravilla». Es una imagen perfecta del hijo, pero ¿se podría decir que el escultor es el padre de esa imagen? ¡No! Es el autor de esa imagen, pero no el padre. Porque para ser padre hace falta transmitir la propia naturaleza, y como no le ha transmitido la propia naturaleza (porque la estatua continua siendo un trozo de barro, o de madera o de piedra), resulta que es el autor de esa imagen, pero no el padre.

Para ser padre hay que transmitir la propia naturaleza. Pues éste es el misterio

sublime de la gracia. Con la gracia Dios nos hace participar de su propia naturaleza divina, y por eso nos hace hijos suyos y herederos de la gloria. Porque la herencia es lo propio de los hijos.

La gracia es un ser divino, una participación misteriosa pero realísima de la misma naturaleza de Dios, que nos hace auténticamente hijos de Dios y herederos de la gloria. Por encima de la gracia no hay nada más. La visión beatífica es la gracia en su última expansión, pero dentro de su mismo orden. La visión beatífica nos dará una participación de la naturaleza de Dios más íntima todavía, más profunda, nos meteremos más hondamente dentro de Dios. Pero seguirá siendo del «mismo metal» que la gracia, como diría Santa Teresa.

La gracia se nos infunde como una semilla en la esencia de nuestra alma.

¡Qué maravilla es la gracia...!

La gracia se nos infunde como una semilla en la esencia misma de nuestra alma. Nuestra alma es una maravilla también. Aun en el orden natural nuestra alma, además de su propia esencia, tiene dos facultades espirituales: el entendimiento y la voluntad. Y en eso somos también semejantes a Dios. Dios nos ha hecho semejantes a Él, porque nos ha dado entendimiento y voluntad, aunque Él las posee en grado infinito y personificadas en el Hijo y en el Espíritu Santo.

El entendimiento produce las ideas, y la voluntad produce el amor. Y no tenemos más. La memoria es el entendimiento recordando las cosas pasadas.

Pues bien, esas facultades no están en la esencia del alma. En la esencia del alma sólo está la gracia, la gracia en cuanto tal. El entendimiento y la voluntad están en el

alma como potencias distintas de la propia esencia.

El Señor ha sembrado la gracia en nuestras almas el día del bautismo, que es el día más grande de nuestra vida, mucho más que el día de la profesión religiosa, mucho más que el día de la ordenación sacerdotal, sin comparación. El día más grande de un cristiano es el día del bautismo, aquel día dimos el salto al infinito, aquel día nos infundieron la gracia, nos hicieron hijos de Dios y herederos de la gloria. Todo arranca del bautismo.

Deberíamos celebrar el aniversario de nuestro bautismo, más que el de nuestro nacimiento o de nuestro santo, lo que no está mal, pero sobre todo el día de nuestro bautismo, que es el día más grande de nuestra vida.

San Vicente Ferrer, el aniversario de su bautismo, cantaba solemnemente la misa de acción de gracias, y si estaba en Valencia, él era de Valencia y le habían bautizado allí, iba a la iglesia donde le habían bautizado, y de rodillas besaba la pila bautismal donde le habían hecho hijo de Dios y heredero de la gloria. Era el día más grande de la vida de San Vicente Ferrer.

LAS VIRTUDES INFUSAS

El día del bautismo, juntamente con la gracia en la esencia de nuestra alma, se nos infunden las virtudes infusas en el entendimiento y en la voluntad. Algunas en el entendimiento, otras en la voluntad. ¿Qué son esas virtudes infusas?

Miren, hay también virtudes adquiridas. Un pecador, aunque esté en pecado mortal, puede realizar y realiza alguna buena obra. No se puede decir de un peca-

dor que todo lo que hace es pecado, no. Muchas veces son gente honrada, gente buena, que tienen compasión de los que sufren y realizan muchas cosas al servicio de los demás, etc. En fin pueden practicar alguna virtud natural, o adquiridas. Pero esas virtudes adquiridas, puramente naturales, no están en el orden sobrenatural, no valen para la vida eterna: son de «otro metal», no circulan en los bancos del cielo.

Las virtudes infusas están mil veces por encima de lo puramente natural, valen para la vida eterna, las infunde Dios. Y precisamente porque las infunde Dios, se llaman infusas. Las infunde Dios porque nosotros no podemos adquirirlas. Nosotros podemos adquirir las virtudes adquiridas, que son naturales, esas sí. Pero las infusas no, esas nos llueven del cielo, nos las da Dios. En el día del bautismo nos infunde en el entendimiento y en la voluntad las virtu-

des infusas en forma de semillas, que habrán de crecer y desarrollarse a todo lo largo de la vida cristiana.

¿Cuántas son las virtudes infusas? Se dividen en dos grandes grupos:

El primer grupo, que está muy por encima del otro, lo forman las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad.

El segundo grupo está formado por las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y todas sus satélites y derivadas que son muchas; tantas, que Santo Tomás de Aquino, en la Suma Teológica, estudia cincuenta y tantas. Me parece que son cincuenta y cuatro. Todas esas las tenemos infusas en el alma. Menos no, porque Santo Tomás las describe una por una, con todo detalle; puede ser que tengamos incluso alguna más, y que una introspección psicológica más profunda descubriese alguna más, pero menos no.

¿Entonces en qué se distinguen las virtudes teologales de las virtudes cardinales, y éstas de sus derivadas o satélites? Veámoslo.

Las virtudes teologales

Las tres virtudes teologales están muy por encima de las cuatro cardinales y de todas las derivadas, porque tienen por objeto, directo e inmediato, a Dios en sí mismo, no a los medios distintos de Él.

La fe nos da el conocimiento sobrenatural de Dios y sus misterios.

La esperanza nos hace desear a Dios como nuestro fin último sobrenatural.

La caridad nos hace amar a Dios por ser Él quien es: «Aunque no hubiera cielo yo te amara, y aunque no hubiera infierno te temiera».

Eso es precisamente la caridad, amar a Dios por ser quién es, y por eso es la

reina de todas las virtudes. Es de oro, las otras dos teologales son de plata, y las demás serán de bronce o de lo que sea, pero de oro no hay mas que una, que es la caridad. Tanto es así, que entra en la definición misma de la santidad,... ¿En qué consiste la santidad?: «en la perfección de la caridad», contesta Santo Tomás de Aquino, y así es en verdad.

El que es perfecto en la caridad ese es santo, en toda la extensión de la palabra. Es la reina de las virtudes. Es como una varita mágica, que todo lo que toca lo transforma en oro. Todo lo que toca la caridad, todo lo que se hace por amor de Dios, es oro, todo, hasta la cosa más insignificante, hasta las cosas de la cocina: «entre pucheros anda Dios» como decía Santa Teresa. Cualquier cosita que se hace por amor de Dios, es de oro, es la única virtud de oro. La fe y la esperanza

son de plata, aunque son muy buenas también. ¿En qué se distinguen las tres?

La fe nos da el conocimiento de Dios, y la esperanza nos hace desear a Dios, pero no por ser Él quien es, sino porque Él va a ser nuestra felicidad eterna. En la esperanza hay un poco de egoísmo, ya nos metemos nosotros; en cambio, en la caridad no hay ningún egoísmo, «aunque no hubiera cielo yo te amara, y aunque no hubiera infierno te temiera». Eso es la caridad, la que ama a Dios por ser Él quien es, aunque no nos reportara a nosotros ningún premio ni beneficio.

Las virtudes cardinales

Luego vienen las virtudes cardinales, que son cuatro: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. No tienen por objeto a Dios, sino los medios que ayudan a practicar mejor las virtudes teologales.

Están todas ellas al servicio de la caridad, ¡todas! La prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza y todas sus derivadas están al servicio de la caridad, para empujar la caridad, para que la caridad sea más perfecta, para que no se nos desmorone ni por la derecha ni por la izquierda, para ayudar a la caridad. Cada una de esas virtudes tiene relación con los medios y no con el fin que es Dios, el fin lo tienen las virtudes teologales.

Las virtudes satélites

Cada una de las virtudes cardinales tiene unas cuantas «lunas», como satélites que andan dando vueltas alrededor de ellas, y esas son un montón: la pobreza, la obediencia, la castidad, la humildad, la magnanimidad, etc., etc., hasta cincuenta y tantas. Son virtudes derivadas o satélites, que andan dando vueltas alrededor de

la cardinal correspondiente. Cada cardinal tiene su grupito, que va gobernando desde su cardinalidad.

¿Cómo funcionan? Un ejemplo muy claro. Todas las virtudes, las teologales, las cardinales, y todas sus derivadas, todas las cincuenta y tantas, podemos imaginar que son como un piano. Un piano que tiene cincuenta y cuatro teclas. Y resulta que ese piano con cincuenta y cuatro teclas, Dios Nuestro Señor nos lo pone dentro de nosotros en nuestra propia alma, para que lo manejemos nosotros, para que lo toquemos nosotros mismos aunque siempre bajo el influjo de una gracia actual, sin la cual no podemos hacer nada. Sin el previo empuje de una gracia actual no podemos ni siquiera pronunciar, de manera que nos valga para nada, el nombre de Jesús, lo dice San Pablo. De manera que necesitamos siempre el

empuje de una gracia actual. Pero esa gracia actual el Señor nos la ofrece continuamente como el aire para respirar. El aire para respirar lo tenemos siempre a nuestra disposición, siempre está a nuestra disposición esa gracia actual para que nosotros podamos tocar el piano de las cincuenta y cuatro virtudes infusas. Podemos tocarlo, y ahora mismo, si yo quiero, puedo decir:

«Dios mío, creo en ti», acabo de hacer un acto de fe;

«Dios mío, espero en ti», un acto de esperanza;

«Dios mío te amo con todo mi corazón», un acto de caridad.

Está a nuestra disposición, como el aire para respirar. Pero fíjense bien, precisamente porque lo manejamos nosotros, las teclas son divinas, son infusas, pero el teclista, el pianista ¡ay!, las hace desafinar

muchísimas veces. ¿Por qué? Porque las infunde su modo humano y dice: «hasta cierto punto si», «con tal que no me pidan demasiada mortificación», «con tal que, con tal que, con tal,...». Resultado: No sale casi nada perfecto, sale casi todo humanizado y desafinado.

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Todo esto lo tenía perfectamente previsto el Espíritu Santo. Pensó: «el piano que les voy a dar es magnífico, pero me lo van a manejar mal, y van a salir las cosas mal, o por lo menos, con muchísimas imperfecciones». ¿Cómo voy a arreglar esto? Entonces nos mete en el alma otra cosa, además del piano: una lira, un arpa. Pero un arpa que no tiene más que siete cuerdas, que son los siete dones del Espíritu Santo.

Y precisamente, como las virtudes principales son siete, ya se lo he explica-

do antes, vean qué lógico es todo, son siete las virtudes principales: tres teologales y cuatro cardinales. Hay siete dones del Espíritu Santo, y cada uno de los dones se encarga de perfeccionar una de esas siete virtudes, infundiéndolas la modalidad divina del Espíritu Santo. Ya no es el pianista el que toca las virtudes infusas, sino que es el Espíritu Santo a través de los dones. Y como la lira, como el arpa es divina, y además el artista que la maneja es el Espíritu Santo, sale una melodía maravillosa. Las obras heroicas de los santos salen de los dones del Espíritu Santo, y por eso sin estos no hay verdadera santidad.

Antes de que actúen los dones del Espíritu Santo tenemos lo que se llama ascética. La mística comienza cuando empiezan a actuar predominantemente los dones del Espíritu Santo. Antes de que

empiecen a actuar plenamente, estamos en mera ascética. Y para decirlo en lenguaje teresiano: estamos llegando a «las terceras moradas». La mística empieza en la cuarta morada, lo dice Santa Teresa: «empiezan a ser cosas sobrenaturales», así empieza la cuarta morada. Y en su relación al Padre Álvarez dice: «Sobrenatural llamo yo a lo que ni con industria ni diligencia se puede adquirir, aunque mucho se procure, aunque disponerse para ello sí, y debe hacer mucho al caso». Pero, ¿producirlo nosotros?, sólo el Espíritu Santo», nadie más.

La persona en la que no estén actuando de lleno los dones del Espíritu Santo sobre las virtudes infusas, estará, a lo sumo, en la «tercera morada» de Santa Teresa; pero hasta la séptima calculen ustedes lo que le falta. Eso ya tiene que ser obra del Espíritu Santo y sus dones.

El don de sabiduría

¿Cómo empiezan a actuar los dones? Miren Uds., el don más perfecto es el don de sabiduría. Sabiduría no significa solamente saber, sino también sabor. Nos hace saborear a Dios. ¿A qué sabe Dios? Nos lo dice el don de sabiduría. Y actúa sobre la caridad, dándonos un acto de amor de Dios tan perfecto, tan suave, tan sabroso, que nos hace experimentar a Dios. El alma nota que tiene a Dios dentro de ella, y se lo hace saborear; este es el don de sabiduría. Perfecciona la virtud de la caridad de una manera tremenda, inefable, calculen Uds., dándonos la experiencia de Dios, haciéndonoslo saborear, dándonos a sentir a qué sabe Dios. Es el cielo que comienza acá en la tierra.

El don de entendimiento

¿Y la fe? La fe nos habla de Dios, nos da el conocimiento de las cosas

sobrenaturales; pero cuando actúa el don de entendimiento, nos hace penetrar de una manera tan profunda en los misterios de la fe, que casi nos los hace ver con los ojos del alma. Santo Tomás era muy grande como teólogo, pero sin el don de entendimiento, que lo tenía en grado superlativo, hubiera sido intelectualmente un pobre hombre, como todos los demás.

El don de ciencia

La esperanza, está relacionada con el don de ciencia, que nos hace ver a Dios en todas las cosas, y nos hace ver que Dios es el fin a que nos deben conducir todas las cosas. Los santos ven a Dios en todas las cosas, en la hormiguita, en el pajarito, en todo. Ése es el don de ciencia que nos hace ver a Dios en todas las cosas, sobre todo en el prójimo: «a mí me lo hiciste». Nos hace ver a Dios en el prójimo.

El don de consejo

Perfecciona la virtud de la prudencia, resolviendo con infalible seguridad y acierto multitud de situaciones difíciles e imprevistas (Cura de Ars).

El don de piedad

Nos hace ver a Dios ante todo como Padre (es la virtud filial por excelencia). Aquella ternura de Santa Teresita, que lloraba de emoción y ternura cuando pensaba que era hija de Dios, procedía del don de piedad, que es mucho más profundo que la virtud del mismo nombre a la que perfecciona inmensamente.

El don de fortaleza

Perfecciona la virtud cardinal del mismo nombre, llevándola hasta el heroísmo de los grandes santos. Aquella fortaleza sublime que mostraban los mártires

en medio de los tormentos de su martirio (recuérdese, por ejemplo, a San Lorenzo asándose en la parrilla) no puede explicarse humanamente más que con la actuación intensa del don de fortaleza que les daba aquella energía sobrehumana.

El don de temor de Dios

En fin, aquel temor extraordinario, que tenía incluso Santa Teresa (se le espeluznaban sus cabellos de pensar que podía ofender a Dios) venía del don de temor, sin duda alguna.

O sea, que los dones del Espíritu Santo, perfeccionando las virtudes infusas, arrancan del alma unas virtudes heroicas, que constituyen las vidas de los santos, y constituyen la mística. Ahí comienza la cuarta morada. ¡Pero desde la cuarta hasta la séptima queda todavía mucho por decir!

Hay que ir recorriendo, uno a uno, los distintos grados místicos de oración, que Santa Teresa expone como nadie en su inmortal libro del «Castillo interior» o «Las moradas», a partir de la cuarta. Vamos a recordarlos brevemente.

LOS GRADOS DE ORACIÓN

Los grados de oración los explicó Santa Teresa mejor que nadie, incluso mejor que San Juan de la Cruz. Empieza en la cuarta morada, con el primer grado de oración místico o infuso, que es el recogimiento infuso. Esto que algunos llaman «contemplación adquirida». La contemplación adquirida yo no tengo inconveniente en admitirla, pero como un tránsito a la infusa. Si no pasa de ahí, ¡ay Dios mío!, contemplación adquirida, ¿una cosa adquirida por nosotros? Pues estamos en plena ascesis todavía: nada de mística.

Estamos todavía sin la plena actuación de los dones del Espíritu Santo, o actuando de una manera muy leve todavía. Santa Teresa y San Juan de la Cruz jamás emplean la expresión «contemplación adquirida», ¡jamás! Ellos hablan siempre de la infusa, de la infusa por Dios. La contemplación de que hablan Santa Teresa y San Juan de la Cruz, es la contemplación infusa, no la adquirida. Y esa contemplación infusa empieza por el recogimiento infuso. Hay almas que, sin saber porqué, a medida que se van acostumbrando a tener oración se sienten como llamadas hacia lo interior, hacia el recogimiento, hacia un recogimiento profundo.

El don de entendimiento le sugería a Santa Teresa esos ejemplitos que lo explican todo maravillosamente. Dice ella que así como un erizo, cuando se le toca, se esconde dentro del caparazón, así el alma

parece como que se esconde dentro de sí misma. Y sin esfuerzo ni violencia ninguna, el alma va sintiendo que necesita recogimiento, y casi sin darse cuenta se le cierran hasta los ojos. No queda dormida, no, no; pero queda dormida a lo divino, por que empieza un recogimiento profundo, y siente a Dios en sí misma de una manera tan clara, que a medida que aquello se va perfeccionando, a medida que se va aquietando, que se va moviendo menos, aquel recogimiento infuso pasa al siguiente grado, que se llama quietud.

La quietud es una oración ya estrictamente contemplativa. Ahí sí que actúan ya los dones del Espíritu Santo de una manera clarísima. Y esa quietud ya lo dice la palabra les da una quietud y un sosiego tan grandes, se encuentran tan bien, que ni respirar, decía Santa Teresa, «ni respirar quisiera», para que no se le escape

aquello. Porque nota dentro de sí, no sé qué, pero se trata de una cosa tan dulce, tan entrañable, que: ay, ay, ay; quisiera contener hasta la respiración, para que no se le escape nada. ¡Pobrecita!, si no lo has podido conseguir por tu cuenta, sino que te lo da Dios, lo tendrás todo el tiempo que Dios quiera que lo tengas, pero no lo tendrás ni un minuto más de lo que Dios quiera. No lo podrás producir tú, lo que Dios quiera nada más. Lo que tienes que hacer es estarte quietecita, no alborotar, procura mantenerte recogida íntimamente, y sabrás a qué sabe Dios.

Pero cuando esa quietud se intensifica, (ya les diré de qué manera se tiene que intensificar, ahora estoy explicando sólo el panorama, después diré de qué manera se tiene que intensificar) pasa a eso que llamamos la oración de unión. La oración de quietud es la unión, sobre todo, de la

voluntad con Dios. Pero todavía el entendimiento en la misma oración de quietud a veces se distrae, va de aquí para allá, de aquí para allá. Pero llega la oración de unión, y llega un momento en que no solamente la voluntad, sino el mismo entendimiento está de tal manera cautivo de esa acción del Espíritu Santo, que ya no se distrae, y pasa una hora de oración sin haberse distraído ni una sola vez, y sin haber hecho ningún esfuerzo. Porque esa oración contemplativa, es cada vez es más alta, pero cada vez más sencilla y menos alborotadora.

Lo cierto es que cuando llega la oración de unión, ¡oh!, aquello sí que es una cosa maravillosa, aquello ya es el cielo que comienza; y con una tranquilidad, con una paz, con un sosiego, sin hacer ningún esfuerzo, cada vez con menos esfuerzo, porque si hacen algún esfuerzo para quererla

aumentar es entonces cuando lo echan todo a perder. Unas poquitas pajitas que pongamos por nuestra cuenta, dice Santa Teresa, serán mejor que si echásemos mucha leña, que la ahogaríamos en un punto, la ahogaríamos en vez de incrementarla.

Tranquilidad, sosiego, cada vez más íntimamente unidas a Dios, y ya diré de qué manera, enseguida lo diré. Y esa oración va subiendo, subiendo, subiendo, ya estamos en la quinta morada, rozando la sexta morada. Esa oración de unión ya es canonizable. Un alma que haya llegado a la oración de unión es canonizable. Será canonizada o no será canonizada, eso ya es otra cuestión, pero ha llegado a un grado de oración suficientemente grande como para ser canonizada por la Iglesia, al menos como santo de segunda categoría, porque hay muchas categorías entre los mismos santos canonizados.

¡Ah!, pero la oración de unión llega a tal punto, que el alma está verdaderamente embriagada de Dios. La palabra que más me gusta a mí, es embriaguez, pues tiene una auténtica borrachera de Dios, una embriaguez divina, tremenda. Llega un momento en que no solamente el alma, sino que el pobre cuerpo no lo puede resistir, no lo resiste el cuerpo, y entonces sufre una especie de desvanecimiento, y ese desvanecimiento que sufre es el éxtasis, la unión extática, el éxtasis, que está dentro de la corriente normal de la gracia santificante.

El éxtasis no es un milagro, el éxtasis no es una gracia gratis dada, el éxtasis no es como las llagas, que esas sí que son un milagro, son una gracia gratis dada. El éxtasis entra dentro de la corriente normal del desarrollo de la gracia santificante, y la persona que tenga oración de unión, si se

sosiega un poquito, llegará un momento en que sentirá ese desfallecimiento del cuerpo, no lo resistirá, pues el cielo no se resiste en este mundo, y caerá en éxtasis. Santa Teresa a veces se recostaba un poquitín junto a la pared al caer en éxtasis.

¡Ah!, qué cosa más hermosa la que contempló el padre Báñez, dominico, que hizo tanto para que siguiese adelante el Carmelo de Santa Teresa, que sin él, en Ávila se hubiera hundido el Carmelo teresiano. Resulta que estando en Salamanca, dando una plática a las carmelitas, estaba Santa Teresa presente. Y hablando el P. Báñez, como él sabía hablar de Dios, Santa Teresa se recostó un poquito en la pared, pues estaba sentada la última en el locutorio; y una de las monjas que estaba allí presente dio testimonio de eso diciendo: «y como el padre Maestro Domingo Báñez, vio que la Madre se había queda-

do transpuesta, se quitó la capucha, y puso gran silencio («chisss») hasta que la madre tornó en sí».

¡Qué respeto! Claro, estaba allí el Espíritu Santo, en Santa Teresa, produciéndole el éxtasis, ¿quién era él para hablar? Estaba allí el Espíritu Santo, ¡sshh a callar! Y mandó callar a todas, hasta que la madre tornó en sí, ¡qué hermoso!

Podrían llegar al éxtasis hijas mías, todas Vds. monjas contemplativas, están llamadas al éxtasis. El éxtasis no es el último grado, el éxtasis está en la sexta morada, y hay siete moradas, queda una todavía, la séptima, y la séptima está por encima del éxtasis. Llega un momento en que el alma está ya tan acostumbrada a cosas tan grandes, que ya no cae en éxtasis. Miren qué cosa, en la séptima morada tienen menos éxtasis que en la sexta, lo dice la Santa; ya están acostumbrados a

él, y de pronto, sienten como que se están tambaleando, pero aguantan, están acostumbradas ya y evitan caer en el éxtasis. Pero si embargo la unión con Dios es de una intimidad enorme, imposible de describir: inefable. El capítulo tercero de la séptima morada, en que la Santa cuenta lo que ocurre a un alma que ha llegado a ella, las virtudes que practica, es algo delicioso, una maravilla, una maravilla. Es el matrimonio espiritual, es ya la unión consumada, ya no cabe más acá en la tierra. A veces dicen unas cosas que no se puede decir, que pasan de la raya, pero claro es que son cosas tan inefables, que la misma Santa Teresa exagera cuando dice que se unen a Dios «como un arroyito que entra en la mar». Porque el arroyito que entra en la mar desaparece y eso no puede ser (sería puro panteísmo). En realidad nos hundimos en la inmensidad de

Dios, nos hundimos cada vez más, pero conservando siempre nuestra propia personalidad humana. El fuego de Dios nos transforma de una manera tan enorme que nos incendia a lo divino, la llama se ha convertido en brasa pero nosotros continuamos siendo nosotros. Llegará un momento, al final de los tiempos, en que vendrá una invasión tan enorme de la inmensidad de Dios sobre el mundo entero, que hará callar el susurro de los seres creados, y entonces Dios nos inundará por completo. Entonces ya no habrá más que la acción de Dios en el alma, y Dios lo será todo, en todos, como dice San Pablo. Una maravilla. El susurro de los seres creados habrá desaparecido, ya no habrá más que el Ser infinito de Dios, que se habrá apoderado totalmente de nosotros, pero sin destruirnos como criaturas.

La predestinación

A esta unión transformativa, que tan maravillosamente describe Santa Teresa y San Juan de la Cruz, en la canción 39 del «Cántico espiritual», ¿están llamadas Vds. monjas contemplativas? No lo sé. Porque el teólogo tiene la obligación de decir las cosas como son, sin mentiras ni exageraciones. Depende todo del grado de nuestra propia predestinación. No todos estamos llamados al mismo grado de Santa Teresa, no, no. ¿A qué grado estamos llamados?, no lo sabemos. Pero cada uno de nosotros tiene un grado de predestinación determinado por Dios desde toda la eternidad, elegido por Dios desde toda la eternidad. Nosotros podemos quebrantar este deseo de Dios y quedarnos por debajo, pero subir más arriba de lo que tenemos predestinado, no. La predestinación es un tope, y suponiendo que Dios nos haya pre-

destinado para llegar a la quinta morada, jamás llegaremos a la sexta. Si nos ha predestinado a la sexta podremos llegar hasta ahí, pero nunca hasta la séptima. Depende del grado de nuestra predestinación. Pero, como nosotros no sabemos a qué grado nos ha predestinado Dios, debemos aspirar a lo máximo, por si acaso sea el máximo, que puede que sea, que no quede por nosotros. Pero pidamos a Dios únicamente que lleguemos hasta donde sea nuestro grado de predestinación, y no más. Respetemos y adoremos la voluntad de Dios sobre nosotros.

Y debemos estar contentos y conformes de tal manera, que en el cielo habrá una infinita variedad de grados, y nadie tendrá envidia de nadie, porque todo el mundo tendrá de tal manera llena y satisfecha su capacidad, que no le cabrá más. Una persona que acaba de comer mucho

si le ofrecen después más comida incluso más apetitosa, será más apetitosa pero a ella no le cabe más, y no quiere más. En el cielo cada una tendrá el máximo de lo que pueda soportar, y por consiguiente nadie tendrá envidia de nadie.

Pero esta razón es muy pobre, hay una razón mucho más profunda, y es que la caridad es y seguirá siendo la reina de todas las virtudes en el cielo también. La fe y la esperanza desaparecerán. Ya no tendremos fe en el cielo, porque ya veremos a Dios; tampoco esperanza, porque ya lo tendremos todo; pero la caridad crecerá de tal manera, que tendremos más gozo y más alegría de ver a nuestro hermano por encima de nosotros, que si estuviéramos nosotros en su lugar.

A veces vemos a alguna persona que nos parece más perfecta que las otras,

(aunque los santos saben disimularlo muy bien; Santa Teresita lo disimuló tanto que ni las monjas de su convento cayeron en la cuenta), pero a veces se nota, se nota que una persona es más de Dios que otra, se nota bien. Pues no le tengan penosa envidia, sino todo lo contrario, alégrense, y pidan al Señor: «Acábala de santificar, porque esa sí, esa va bien, acábala de santificar, quítame a mí algo, y dáselo a ella». Santa Teresa se lo pidió al Señor muchas veces: que le quitara a ella alguna de las mercedes que le hacía el Señor para dárselo a otras, sobre todo a las que la perseguían o calumniaban.

¡Oh!, esto sí que es caridad: alegrarse del bien de los demás tanto o más que si fuera propio. Lamentemos el que no seamos santos nosotros, pero tener pena de que otra persona sea más santa que nosotros, es un pecado de envidia gravísimo. Debemos

tener una gran alegría de que sean mejores que nosotros, y empujarlas para que sean más santas que nosotros: eso es caridad, como la que funciona en el cielo.

LA CONTEMPLACIÓN

La contemplación es esto, una oración que va subiendo, subiendo: recogimiento infuso, quietud, unión, éxtasis, matrimonio espiritual. Pero ahora cabe preguntar más concretamente: ¿Qué es contemplar?, ¿cómo se contempla?, ¿de qué manera se va subiendo en la contemplación? Es lo práctico, pues la teoría ya está vista con toda claridad.

Lo han visto claro, ¿verdad? Han visto que sin los dones del Espíritu Santo, no hay santidad. Con la gracia ordinaria podemos llegar hasta la tercera morada, pero de ahí no pasamos; de la cuarta para delante ya tienen que venir los dones del

Espíritu Santo. Y los dones del Espíritu Santo se obtienen a fuerza de oración y a fuerza de humildad, a fuerza de humildad, y a fuerza de pedírselo al Espíritu Santo. Apréndanse de memoria, pero no para recitarla como una oracioncita, sino para saborearla despacio, la secuencia de Pentecostés: «Veni Sancti Spiritus...».

¡Maravillosa! Pidan al Espíritu Santo que les dé eso. Sean devotísimas del Espíritu Santo, pídanle que les enseñe a hacer oración, y, sobre todo, que maneje la lira de los dones del Espíritu Santo, que la maneje Él, porque tiene que ser Él quien la maneje, pídanselo, pídanselo con insistencia.

Contemplar es «respirar amor»

¿Qué es contemplar? Contemplar es respirar amor, dos palabras, nada más. Respirar amor. Respirar amor de Dios. Nada más.

¿Cómo se contempla? Respirando amor, respirando amor, respirando amor... Nada más.

¿Cómo se crece en la contemplación? Respirando amor de una manera cada vez más intensa, de una manera cada vez más profunda, pero sin cambiar de actitud, sin cambiar de oficio: respirando amor. Nada más. Respiren amor, y llegarán a la cumbre, y sin esto, ya pueden hacer Vds. lo que quieran, que no llegarán. Respirar amor es el ejercicio de la caridad perfecta, del puro amor: «Aunque no hubiera cielo yo te amara, y aunque no hubiera infierno te temiera».

Respirar amor, pero cada vez más intensamente; ¿por qué cada vez más intensamente? Esto es muy importante, este punto quiero aclararlo muy bien porque es importantísimo.

Miren, imagínense Uds. que tenemos aquí una serie de vasos llenos de

agua. Uno está calentado a 20 grados, otro a 25, otro a 30, otro a 35, y otro a 40. Introducimos un termómetro en el de 20, marca 20; introducimos en el de 25, marca 25; introducimos en el de 40, marca 40. Para que marque el termómetro 41, ¿qué tiene que ocurrir?. Pues tiene que ocurrir que el agua que ahora está calentada a 40, se caliente a 41, porque si no el termómetro no subirá, aunque lo metamos 40 veces, 400 veces, siempre marcará 40, 40, 40. Para que suba a 41, es preciso que el agua se caliente a 41, y entonces el termómetro acusará inmediatamente el grado que ha subido.

Esto quiere decir que vale más un acto de amor de Dios intenso, que miles, fíjense bien, que miles de actos de amor tibios. Si están a 20 grados, y no pasan de ahí, aunque hagan mil actos de amor de Dios de 20, se quedarán en 20, 20, 20, 20.

Para que lleguen a 21 tiene que hacer un acto de intensidad 21, porque si no el termómetro no sube. Y qué se hace, ¿cómo se hace un acto más intenso? Fíjense bien, no se trata de apretar los puños, no es eso. Es todo sobrenatural, todo debe hacerse con una gran sencillez y una gran naturalidad. Es afinando los motivos, afinando los motivos, o sea: haciendo que cada vez sea más verdad, «que aunque no hubiera cielo yo te amara, y aunque no hubiera infierno te temiera, no me tienes que dar porque te quiera...». «Mira Señor, yo te quiero amar sólo por ti mismo, renunciando en absoluto a que me aumentes el mérito; auméntame el amor, pero el mérito no». Al revés de lo que hace la inmensa mayoría de la gente: rezan y rezan para aumentar el mérito, para ganar indulgencias. Obrar sólo o principalmente para ganar méritos es egoísmo puro, no puro amor.

El amor puro de Dios dice: ¡no, Señor, no me aumentes el mérito! ¡Si yo quiero ser el «farolillo rojo» del cielo, el último de todos! No me aumentes el mérito, auméntame el amor, auméntame el amor a Ti, pero no me aumentes el mérito, porque «aunque lo que espero no esperara, lo mismo que te quiero te quisiera». Esto es un acto de amor más intenso, sin apretar los puños, con toda naturalidad y sencillez.

Santa Teresa, cuando la insultaban se frotaba las manos de alegría y cobraba particular cariño a esa persona. Si quería alguno hacerse amigo de Santa Teresa, tenía un modo infalible de serlo: insultarla, ya la había conquistado. Así son los santos. Y todavía añadía Santa Teresa: «Señor, yo quisiera pedirte para esa persona que me persigue, que me quitases algo de lo mío y se lo dieses a ella, para que no te ofendie-

se». Fíjense bien; ¡qué maravilla!, primero renuncia ella a lo suyo, se lo da a la otra; pero esto tampoco es su último fin: «para que no te ofenda a ti», ¡qué maravilla! El don del Espíritu Santo le hacía ver claramente todas estas cosas, tan sublimes y maravillosas.

Respirar amor, cada vez más intenso, intensificando los motivos, renunciando al mérito y a la recompensa, renunciando a todo lo demás: «Dadme salud o enfermedad, dame cielo o dame infierno, a todo diré que sí». Lo dice Santa Teresa, renunciar a todo en absoluto, menos a amar y glorificar a Dios.

Hay que llegar a decir: «Señor a mí no me interesan más que dos cosas: que se cumpla en mí tu voluntad hasta el último día y hasta el último detalle y que te glorifique hasta el máximo aunque se hunda el mundo y pase lo que pase». Y

también: «Quiero poner mi alegría en tu alegría, mi felicidad en tu felicidad, mi gloria en tu gloria. El pensamiento de que tú eres infinitamente feliz, y de que no dejarás de serlo jamás, ocurra lo que ocurra, sea la fuente única, el manantial inagotable de mis alegrías. Verte feliz a ti Señor, no quiero otra cosa. No me hagas feliz a mí, el verte a Ti feliz, ya me hace feliz: eso es todo para mí, Señor, no quiero más». Esto es contemplar, estos son actos intensos, sin apretar los puños, con toda sencillez y naturalidad.

«Respirar amor». Como no respiren amor no llegarán a la santidad, y si respiran amor de esta manera tan fácil, tan sencilla, no haciendo otra cosa, sin pensar en otra cosa. Llegarán. No pidan nuevas consignas que las desorientarán, esta es la gran consigna, «respirar amor». Si hacen eso llegarán a la santidad, y si no hacen

eso, aunque tengan cuarenta directores espirituales fracasarán. Santa Teresa fue santa a pesar de los directores espirituales, porque algunos estuvieron a punto de desorientarla haciéndola creer que todos sus fenómenos místicos eran cosa del demonio. El «caballero Salcedo» y Gaspar de Aza, cura de Ávila, querían exorcizarla. Y fueron los dominicos, los que la orientaron bien: «¡Cómo!, ¿esta mujer endemoniada? ¡Si todo eso es cosa de Dios!». Naturalmente no vieron nada diabólico, eran grandes teólogos y al mismo tiempo hombres de Dios como Báñez, por eso veían tan claro. No se dejen desorientar, no admitan más consignas que esta, porque no hay otra mejor para ser santos, créanme.

«Respirar amor», es la caridad perfecta, es el desarrollo de la caridad, llegar con Cristo hasta el colmo de la caridad. Y el

colmo de la caridad es ese: llegar a olvidarse de uno mismo, de tal manera que no nos interese más que la felicidad de Dios, ver feliz a Dios eso basta. «¡Señor!, no me interesa nada fuera de ti. Señor, me interesas tú, me interesa el verte feliz a ti». Esto es el «puro amor» del que hablan tan maravillosamente los místicos experimentales: Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, Santa Teresita, Isabel de la Trinidad, Rafael Arnaiz, etc. Claro que no podemos estar mucho tiempo haciendo actos intensos, no lo resistiríamos. No hace falta pasar la hora entera de oración con la máxima intensidad, es imposible. Pero, al menos, dediquemos diez o quince minutos a algunos actos intensos, aunque descansemos después un poco. En esos escasos momentos intensos creceremos más que en todo el tiempo restante, como hemos explicado más arriba.

«Respirar amor» es la consigna definitiva, pero les voy a sugerir otra complementaria a propósito de una obra de Lope de Vega: «Fuenteovejuna» ¿no han oído hablar de ella?

Fuenteovejuna es un pueblo importante de la provincia de Córdoba. En tiempos de Carlos I de España, gobernaba Fuenteovejuna el Comendador de Calatrava, que les impuso unas leyes y unas cosas que ellos no estaban conformes ni muchísimo menos. Algunas cosas no se pueden ni contar a las monjas porque se escandalizarían. No estaban conformes con él y un día se pusieron todos de acuerdo y mataron al comendador. Lo mataron, ya está. Entonces, cuando se enteró el rey que habían matado al comendador, mandó allí un juez, para averiguar qué había pasado allí. El juez reunió al pueblo entero, con el alcalde a la

cabeza y preguntó: «¿Quién mató al comendador?»

Y el alcalde, en nombre de todos, contestó:

Fuenteovejuna, señor.

Bueno, ya sé que fue en Fuenteovejuna, pero, ¿quién fue en Fuenteovejuna?

¿En Fuenteovejuna?

–Sí. Dígame ¿quién fue en Fuenteovejuna?

Todos a una, señor.

Esta consigna es buena también para ustedes, las monjas contemplativas. Mientras permanezcan unidas todas a una, como en Fuenteovejuna van bien. El día en que se desunieran y formaran grupos o grupitos distintos, se hundiría el convento.

EL DIRECTOR ESPIRITUAL

Voy a decirles ahora unas palabras sobre el director espiritual, que suelen

tener algunas monjas, aunque no es absolutamente necesario.

Es muy difícil ser un buen director espiritual. Según San Juan de la Cruz «para este camino (el de la mística) apenas se hallará guía cabal, porque además de ser sabio y discreto ha menester ser experimentado; porque aunque el fundamento es el saber y la discreción, si no hay experiencia de lo que es puro y verdadero espíritu, no atinará a encaminar el alma en él cuando Dios se lo da, ni aun lo entenderá» (Llama 3,30).

En efecto. ¿Cómo es posible que un hombre, aunque sea muy buena persona, aunque sea un buen sacerdote, aunque sea un buen religioso, si él mismo no tiene sed de Dios, si él mismo no tiene hambre de Dios y de santificarse, ¿cómo es posible que lo infunda a los demás? Es imposible, si no le sale del corazón, si a él no

le interesa la santidad, ¿cómo va a intentar dar lo que no tiene? Por eso yo he dicho muchas veces a muchas monjas que no tengan ningún escrúpulo de conciencia, si no tienen directores espirituales, o no tan buenos como fueran de desear. Si hubiera verdaderos directores espirituales, qué duda cabe que sería estupendo; un director espiritual que empuje hacia la santidad, eso es un don de Dios, eso hay que pedírselo a Dios. Pero es que no los hay, o escasean mucho, y si se fían Vds. de lo que les dice un hombre que no reúna las debidas condiciones, les hará un daño terrible. Más vale en este caso que no tengan director espiritual.

Les voy a dar una norma clarísima de dirección espiritual, para saber cuándo una cosa es puramente natural, cuándo es del demonio, y cuándo es del Espíritu Santo.

a) Cuando sienta un impulso interior para hacer una pequeña desobediencia, para faltar al silencio, para faltar a cualquier puntito de la regla o constituciones: eso es del demonio. No se necesita dirección espiritual ninguna, ya está. Te está indicando que faltes al silencio, que faltes..., ya está: el demonio. No hace falta director espiritual para ver cosa tan clara.

b) Si no te dice que peques, pero sí que seas un poco más comodona, que no te preocupes demasiado, que vayas tirando, pero nada más, sin grandes preocupaciones. ¡Ay!, casi seguro que ahí, puede ser que no este él demonio, pero está tu egoísmo, está tu naturaleza humana que no quiere molestarse, que no le gusta el sufrimiento, que no quiere la mortificación.

c) En cambio cuando la moción interior te invita a ser la última de todas, a ponerte al servicio de todas, a besarle los pies a esa que te resulta antipática, a desear que la otra sea mejor que tú, etc., eso es del Espíritu Santo. No hace falta director espiritual, está claro que eso es cosa de Dios.

El director espiritual, si tenemos bien asimilado este criterio, no hace falta para nada. Santa Teresita no lo tuvo y llegó a ser una gran Santa. Si Uds. tienen un santo director que les oriente bien: adelante. Pero ay, ay, ay qué difícil va a ser, qué difícil va a ser. Si tuvieran Vds. a un San Juan de la Cruz, adelante... pero ay, ay, ay, si no son santos las tendrán paralizadas en su vida espiritual o las desorientarán por completo impidiéndolas salir de la mediocridad.

Háganme caso: limítense a «Respirar amor», cada vez más intenso, eso les basta. Vds. mismas sabrán distinguir cuándo es el Espíritu Santo, y cuándo es el demonio, y cuándo la propia comodidad o egoísmo.

Todo lo que sea faltar un poquitín, por poquitín que sea, a la regla: el demonio.

Todo lo que sea comodidad y horror a la cruz: nosotros mismos, nuestra propia naturaleza mal inclinada.

Todo lo que sea tratar de ser el «farolillo rojo», queriendo, deseando, ansiando ser la última de todas, besando los pies a todas: el Espíritu Santo.

Esta clarísimo, no hace falta director espiritual. Háganme caso hijas mías. De las monjas, recibo unas cartas... Algunas las conservo, pero las voy a quemar, porque el día en que me muera, qué le impor-

ta ya a nadie. Las cartas que recibo: desde que toman en cuenta la consigna respirar amor, son maravillosas. Avanzan rápidamente hacia la santidad. Claro, es el ejercicio de la caridad, de la caridad perfecta, de la del que no se busca a sí mismo, si no que busca a las demás, busca a Cristo: «A mí me lo hicisteis, a mí me lo hicisteis», dice el Señor.

Santa Teresita

Santa Teresita se desvivía por prestar algún servicio a las demás, no se buscaba jamás a sí misma; ¡cuántos detalles de Santa Teresita, Dios mío! Nunca buscándose a sí misma, siempre buscando a las demás, ¡oh!, así llegó a la cumbre. Santa Teresita no es una santa inferior o mucho menor que Santa Teresa, está muy cerca de ella, si es que no iguala a la gran Teresa de Ávila.

Santa Teresa de Ávila era otra cosa: tuvo carismas, visiones, revelaciones, una predestinación especialísima, la tenía Dios predestinada para hacer cosas tan grandiosas, que no podemos aspirar a eso; aspirar a visiones, a revelaciones..., uy, uy. San Juan de la Cruz rechazaba todo eso, fuera.

Pero estar íntimamente unidos con Dios, no preocuparnos nada más que de Dios, no vivir más que para Dios, eso está al alcance de todos.

Vds. pueden ser todas Teresitas del Niño Jesús. Puede que no tengan la talla suficiente para Teresa de Ávila, puede que no; pero ¿Teresitas del Niño Jesús?, todas, absolutamente todas pueden serlo. Y por lo mismo, pueden hacer todos el ofrecimiento como Víctimas al Amor Misericordioso de Dios como lo hizo Santa Teresita.

Otra cosa muy distinta es el ofrecimiento como Víctimas a la Justicia de

Dios, al modo de Santa Catalina de Siena, Sor Isabel de la Trinidad, etc. Para ello se requiere una predestinación especialísima, que la tienen poquísimas almas. A mí, si una persona me pidiera permiso para hacer el ofrecimiento de víctima a la Justicia de Dios, como no tuviese yo una seguridad muy grande: primero de que se trata de una persona que está ya muy elevada, por lo menos en la sexta morada, y que además se ve claramente que es una cosa que el Espíritu Santo se lo está inspirando de día y de noche, de día y de noche, le diría que no. Que de ninguna manera.

En cambio el ofrecimiento como víctima al Amor Misericordioso todas Uds. lo pueden hacer, y lo deben hacer. El de Santa Teresita sí, el de víctima como Sor Isabel de la Trinidad por ejemplo, no, Sor Isabel de la Trinidad fue víctima en el otro aspecto, y eso requiere una predesti-

nación especialísima; la tiene quien la tenga, pero el que no la tiene no la tiene.

La santidad al alcance de todos

Voy a terminar. Pero antes quiero decirles una cosa importantísima que interesa, no solamente a las monjas contemplativas, sino a todos los cristianos en general, incluso a los seglares más inmersos en el mundo; a los empleados en una oficina, a los mismos labradores que se pasan la vida en las duras labores del campo. Y es que la santidad incluso la santidad contemplativa más encumbrada se encuentra al alcance de todos, absolutamente de todos los bautizados. Como les decía al principio de esta conferencia todo depende del bautismo, todo arranca del bautismo. Es el día más grande de nuestra vida repito en que se nos infundió en el alma la gracia de Dios; pero no para

que permaneciera pasiva y enterrada en la esencia de nuestra alma, sino como una semilla que debería crecer y desarrollarse hasta convertirse en un árbol frondoso en el que vengan a cobijarse las mismas aves del cielo. Todos estamos llamados y obligados a aspirar a ese pleno crecimiento de la gracia. No estamos obligados a ser santos en un momento determinado («aquí y ahora» precisamente), pero sí lo estamos, y por cierto gravemente, a aspirar a serlo algún día, trabajando poco a poco, día a día, a lograrlo así. Y esto por tres argumentos aplastantes:

1º. Lo exige así la gracia bautismal infusa en nuestra alma en forma de semilla, que ha de crecer hasta alcanzar su pleno desarrollo.

2º. Lo exige así el primer mandamiento (¡mandamiento, no consejo!) de la Ley de Dios: «Amarás al Señor tu Dios

con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas», y en eso, precisamente, consiste la santidad más encumbrada, que sólo podremos cumplir plenamente en el cielo ante el éxtasis inenarrable de la visión beatífica.

3°. Porque lo ha declarado solemnemente la Iglesia en el Concilio Vaticano II dedicando nada menos que un capítulo entero (el 5° de la magna Constitución «Lumen gentium») a la vocación universal a la santidad donde se nos dice expresamente:

«Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas

según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos» (Concilio Vaticano II, Constitución «Lumen gentium», n. 40).

Y ¿qué es lo que tiene que hacer el seglar para llegar a esta santidad obligatoria? ¡Respirar amor! Nada más.

Final

Nada más. Y ahora Vds. tienen la palabra por si quieren hacerme alguna pregunta sobre cualquiera de las cosas que les acabo de explicar. Y si no, que

Dios las bendiga a todas y las haga muy santas al estilo de Santa Teresita, el centenario de cuya muerte celebraremos si Dios quiere el 30 de septiembre de 1997. Amén, amén.

Fray Antonio Royo Marín, O.P.

LIBROS MUY RECOMENDADOS

De la Mística Doctora Santa Teresa de Jesús:

Libro de la Vida (Autobiografía de la Santa). Escrito por obediencia, de 374 páginas, al precio de 4,20 €.

Camino de Perfección, de 184 páginas, al precio de 3,20 €.

Libro de «Las Moradas» o Castillo Interior, de 192 páginas, precio de 2,30 €.

De Santa Teresita del Niño Jesús, Doctora de la Iglesia:

Historia de un Alma (Autobiografía), con 356 páginas, al precio de 3,85 €.

NOTA: Los precios aquí señalados son los del periodo 2006 y 2007. En años sucesivos podrían subir algo, según el IPC o subida de la vida.

Santa Teresa de Jesús ha sido mi gran maestra: la que más me ha enseñado y me ha animado a perseverar en la oración y por ello a luchar contra mis defectos.

San Alfonso María de Ligorio, el mayor doctor de la Iglesia de los últimos siglos, también tuvo a Santa Teresa por madre y maestra, e impregnado de la doctrina de la Santa llegó a ser el gran Doctor de la oración y de la perfección.

La maravillosa Doctora Santa Teresita del Niño Jesús es más sencilla y menos profunda que la de Ávila, pero no menos atractiva y sugestiva. Esta es la

Santa de las almas pequeñas, porque su vida y su doctrina es «hacer con mucho amor de Dios todas las cosas» aun las más insignificantes, lo ordinario de cada día, y, como lo que cuenta es el amor, nos enseña a llegar a la perfección con las mismas cosas que hacemos.

El editor.